

nemos establecido el espíritu de esta alba. Como producción de adolescencia tenemos que encontrarnos con los componentes inevitables de esa época de la vida: mucha soledad, mucho amor, un asomarse continuado a la muerte, miedo íntimo al último fenómeno, y amor y dolor, que tal vez por rimar en todas formas, aparecen juntos en un connubio indestructible. Y por sobre todos los sentimientos, un fluir continuado de palabras, palabras y palabras.

El autor es sentimental y su adolescencia parece ha sido trabajada por dolores fuertes que han ahondado su visión de la vida y su orgullo fiero de la soledad de su espíritu. Estas circunstancias lo han hecho prorrumpir en un largo monólogo dolorido, en que las circunstancias, que no cambian, son expresadas en un lenguaje a la sordina, poético y en ocasiones tristes, que tampoco cambia, a través de todo el diario, con la consiguiente fatiga para el lector. Podríamos decir que es este el principal inconveniente que tienen los poemas en prosa de *El alba frágil*: un tema, las consiguientes inquietudes espirituales de todo adolescente, expresado en una forma monótona y en ocasiones aburridora, sin por esto estar exentos algunos de estos poemas de ciertos toques poéticos que hacen agradable su lectura.

Pero el autor también ha expresado sus inquietudes de adolescente en versos, y entremezclados se encuentran en su libro las prosas poéticas y los versos prosaicos. Y esta afirmación es necesario expli-

carla. Los versos de Fausto Soto pudieron sin duda alguna ser mejores de lo que son. Dan la impresión de que el autor los ha cuidado poco al publicarlos, y cuando se ve un trabajo más efectivo en la expresión, que en ocasiones toma formas de un indubitable acierto, constituyen pequeños poemitas de innegable belleza. Una revisión de sus trabajos dará sin duda alguna al autor una capacidad de selección de que aparece desprovisto totalmente en esta *Alba frágil*, donde junto a fragmentos, ya en verso ya en prosa, de calidad artística sencilla, se encuentran algunos que son repeticiones vulgares, de motivos vulgares expresados en un lenguaje que dentro de lo sentimental, viene a constituir el lugar común de la «sentimentalidad», ya que no podemos decir del sentimentalismo.—*Abel Valcés A.*

CIENCIAS SOCIALES

ESQUEMA DE UNA SITUACIÓN ECONÓMICO SOCIAL DE IBERO-AMÉRICA, por *Augusto Santelices*.

Hace poco, cuando Augusto Santelices publicó su primer libro *El agua en sombra*, nadie habría sospechado que su segundo trabajo literario iría a ser un grave y erudito ensayo de interpretación económico-social. En efecto, ese primer libro se recomienda por la levedad de la imaginación, por el constante cabrilleo del buen humor que sirve de caparazón literaria o de armadura a un poeta. Poeta poco emocionado, como requiere el tiempo

presente, mas seducido siempre por el esplendor de la imagen y del juego de palabras.

Para recibirse de abogado, Augusto Santelices publica ahora este libro (1), que a su propio autor le parece poco frecuente como iniciativa. En efecto, las tesis de prueba que tradicionalmente presentan los estudiantes de leyes para coronar sus estudios profesionales son trabajos reducidos a un número pequeño de temas y de casos. Aun cuando la Facultad, como muy bien recuerda Santelices, es de Ciencias Jurídicas y Sociales, los estudiantes se limitan a lo primero, y no siempre desde el punto de vista de la ciencia, sino a menudo desde el de la práctica profesional. Es decir, con sus tesis tratan de obtener dos cosas: la primera cumplir un requisito que casi siempre les resulta enojoso y la segunda, adquirir luego la práctica profesional necesaria para atender el bufete. Santelices, como poeta, ha buscado algo diametralmente opuesto. Con esta memoria, cumple, es cierto, el requisito reglamentario, pero lo rebasa con mucho, tanto en el número de páginas como por el carácter del estudio y la menuda investigación, y no acrecienta en lo más mínimo su conocimiento de las triquiñuelas jurídicas y legales.

El estudio de Santelices es difícil de abarcar en una nota breve como debe ser esta, ya que sus aspectos son muchos y algunas de las ideas que el autor lanza en el curso de su disertación merecen y necesi-

tan comentario y crítica. En efecto, no podríamos asegurar que todas las proposiciones del autor son plausibles, a fardo cerrado. Hay muchas que es preciso examinar con detenimiento.

Desde luego, al plantear el problema, en la página 7, el autor incurre en un explicable paralogismo. Para hacer más notoria, en efecto, la oposición que nota entre los Estados Unidos de Norte América y los países iberoamericanos, asienta:

Ibero América y América del Norte, hijas gemelas en cuanto al origen, pero con una tendencia histórica diametralmente opuesta desde su nacimiento: la una crece y la otra decrece; la primera se dispersa y la segunda se une; la del Norte avanza y la del Sur retrocede.

En primer término, las dos Américas que el autor contrapone no son hijas gemelas, ya que no son hijas del mismo padre o de la misma madre. Es decir, para hablar con mayor propiedad, el hecho histórico de la colonización en el Norte y en el Sur fué impulsado por pueblos diferentes y hasta por motivos históricos distintos. ¿Quién ignora que la colonización del nuevo mundo hecha por España fué presidida —bien o mal—por el gobierno de la metrópoli y que con ella trataba de cumplir un programa teológico que Waldo Frank en *España virgen* ha caracterizado en términos insuperables? Pues bien, el fenómeno del Norte es diferente. Después de algunas exploraciones de adelantados españoles que no han tenido influjo posterior en la vida

(1) Santiago, 1930.

de los Estados Unidos y que por tanto puedan dejarse de mano en el estudio, la colonización efectiva se hace por puritanos que habían abandonado las islas británicas—su país natal—en busca de tierras más libres. Esos puritanos fundan los Estados Unidos, enteramente a espaldas de la metrópoli, que viene a intervenir más tarde en forma profundamente diferente a la que vemos reflejada en el movimiento colonizador español. Se ve, pues, que el origen de las dos Américas no ha sido el mismo; no puede hablarse por eso de hermanas gemelas.

Luego dice Santelices que «la una (Norte América) crece y la otra decrece» (Sud América, o más bien, Ibero-América). Esto es por lo menos exagerado. Entre los dos grupos americanos podría hablarse de crecimiento en distintos sentidos y presididos por dos ritmos diferentes, acelerado en el Norte, retardado en el Sur, pero no de avance en el primero y de retroceso en el segundo. En la política práctica se observa en Ibero América (especialmente en Méjico, Perú, Venezuela, Bolivia, Brasil, Argentina y Chile) en los últimos diez años un proceso de inestabilidad política en algunos casos creciente y agravado de golpe cada cierto tiempo por crisis repentinas. Por lo demás, cada país americano necesita un tratamiento diferente. La situación de Venezuela, por ejemplo, no es comparable a la de Bolivia. La de Chile no lo es a la de Méjico, la de la Argentina no lo es a la del Perú, etc. Las crisis observadas en el año 1930 deben achacarse en gran parte a la crisis

mundial de sobreproducción, como ha hecho notar en esta misma revista el escritor peruano Manuel A. Seoane (1). Pero hay una época en que el progreso político de Sud América es efectivo. Esa época nace para Chile —el primer país americano que se estabiliza y adopta formas occidentales de política— el año 1833 y se cierra trágicamente el 91. Para la Argentina nace al día siguiente de Caseros (1852), con el derrocamiento de la tiranía rosista, y llega, con algunas alternativas, hasta el 6 de Septiembre de 1930.

Todo esto, naturalmente, contemplando las cosas desde el punto de vista de la civilización occidental, que el autor, con Spengler, considera llegada a la decadencia. Claro está que si se mira desde el ángulo de la vida aborigen, el panorama es muy diferente. Desde luego, la vida aborigen no influye ni poco ni mucho en la historia contemporánea de Chile, Argentina y Uruguay. Mientras tanto, juega un papel considerable en Méjico desde 1911 y parece que comienza a tenerlo en el Perú desde la revolución triunfante en Arequipa.

Esto prueba, a mi modo de ver, entre otras cosas, que Ibero-América no es una unidad política así como tampoco es una unidad geográfica, ni tampoco una unidad racial o cultural. Lo fundamental es que no sea unidad geográfica: de allí arrancan, a mi juicio, las consecuencias

(1) Artículo titulado *sobre las revoluciones de Argentina, Perú y Bolivia*. Núm. 69, página 681.

que todos lamentamos. Pero este es un hecho ineluctable hasta ahora; acaso el progreso de la técnica moderna nos permita dominarlo algún día, y entonces los males de Ibero-América comenzarán a remediarse. Antes, todos los esfuerzos de los tratadistas, entre los cuales se inscribe la juvenil firma de Augusto Santelices, son útiles como iluminación académica de un problema que no está en la mano del hombre corregir por ahora.—*Raúl Silva Castro.*

EL TERROR EN AMÉRICA, por *César González Ruano.*

John dos Passos, en su admirable *Rocinante vuelve al Camino*, llama a Blasco Ibáñez un «Midas al revés». González Ruano supera a Blasco Ibáñez, si no en calidad por lo menos en cantidad. Según anuncia el jactancioso proemio, el autor ha escrito el libro en ocho días, dictándolo a máquina, y completando con él una serie de 35 volúmenes dados a luz en diez años. Tal fecundidad, tal explosión literaria, tal incontenible torrente o catarata nos obliga a levantar toda clase de represas y diques de contención. Este señor González, ortofónico y exteriorizante, nijo del café madrileño en macabra alianza con la linotipia, se ha dedicado a América. En todo español pervive, en realidad, el afán conquistador del siglo de oro. Unos vienen a hacer fortuna vendiendo porotos; otros, sin cruzar el charco, también quieren amasarla vendiendo garbanzos literarios. Porque el señor González no ha escrito

su libro trigésimo sexto por amor a América sino por exigencia de la editorial. Lo habría redactado, también en ocho días, y con una musa freudiana revelada en el epílogo, sobre la revolución hindú, o el raid aéreo fascista, o el petróleo artificial y sintético. Todo era cuestión de que cayeran en sus manos algunos recortes y transitaran por sus oídos algunas historietas.

Para quienes hacemos de la lucha antimperialista y de la lucha contra las dictaduras un culto que nos ha llevado al sacrificio, la aparición de estos locuaces aliados nos resulta perjudicial. González Ruano, hombre de calembours, es decir, hombre de café, se satisface con muñozsecadas. Pasa sobre los acontecimientos, como una mosca, saltando de un lado a otro, sin referir nada debidamente, sin profundizar ningún análisis. Y lo más grave para él y agradable para el lector: interpolando trozos ajenos en el libro, sin citar al autor. (Tales el esquema de la expansión territorial de los Estados Unidos, tomado de *La Diplomacia del Dólar*; la relación de la deuda latinoamericana, tomado de *Renovación* de Buenos Aires y un Memorándum antimperialista, que me pertenece, en el que incluye hasta apreciaciones personales favorables al Apra y la Ula. Véase pág. 237.)

Este steeplechase a través de América, a la que desconoce casi en absoluto y para la que revela ese petulante prurito de superioridad que vive en todo hispánico, se cumple con más yerros que aciertos. Padece un simplismo lindante